

que jamás un pueblo debió sentir con mayor fuerza el sentimiento de que su desaparición lo dejaba huérfano, ya que fué el hombre que, en la guerra y en la paz, durante las circunstancias más trágicas y decisivas, identificara su vida con la de un pueblo hasta el punto de no formar más que un cuerpo con él, y aparecer ante la Humanidad como personificación y símbolo de un mundo futuro más generoso y comprensivo.

NELSON CHACÓN PACHECO

Nuestra Señora de Guadalupe

Patrona de México

Por Berta María Feo

Al tocar con su planta el glorioso Tepeyac, la Virgen María hizo reflorar los rosales y el aroma celestial se esparció rápida y triunfalmente; cruzó las moles colosales de los Andes, recorrió las pampas inmensas cuya aterciopelada verdura jaspea el rocío con lluvias de perlas cristalinas, atravesó los majestuosos estuarios en el seno de los cuales se reflejan las crestas de la cordillera y embalsamó el vasto Continente Americano como una emanación del Paraíso. Por una misteriosa predestinación, América tiene con las rosas estrecha y profundas relaciones: nació a la vida del cristianismo y la civilización saturada con la fragancia de las rosas del milagro, y hasta en el viejo imperio de los Incas apareció una rosa extraordinaria; una doncella que llevó el nombre de Rosa; porque este símbolo, bellísimo por su color, por sus espinas y por su perfume, expresa maravillosamente la fisonomía espiritual de la virgen peruana, a quien la Madre de Dios llamó Rosa de Santa María, como si quisiera enlazar las rosas de Lima con las rosas mexicanas, como si pretendiera insinuar que la dulce virgen del Perú es la primera, la más espléndida y fragante de las rosas que florecieron bajo su planta, allá en el lejano cerro descollante entre los muchos que se yerguen en la Sierra de Guadalupe. Cerro nimbado desde el sábado 9 de diciembre de 1531 con la aureola luminosa de la bendita aparición; secreto de luz que al traspasar con sus reflejos la línea azul de los lagos, el anchuroso valle de Mejico, los corazones generosos de la noble raza azteca, tomó su peculiar matiz, su emanación característica.

Lo mejor de las naciones no es la magnitud de su riqueza ni la feracidad de su suelo, ni el florecimiento de su industria, ni el esplendor de su progreso material, sino algo más íntimo, más precioso y si así pudiera decirse, más divino. Más, mucho más que todas esas cosas brillantes, pero frágiles y caducas, vale para los pueblos lo que ahora han denominado "valores espirituales": el haz de sus ideales nobilísimos, el tesoro de sus anhelos heroicos, el depósito immaculado y opulento de sus tradiciones seculares. Se habla con frecuencia del alma de los pueblos y de las razas. Es una metáfora, sin duda, que encubre misteriosa realidad y

para alcanzar su grandeza y su gloria, los pueblos, como las almas, tienen que ser triturados y exprimidos por el dolor, como se tortura y se exprimen los pétalos de las rosas para extraerles su esencia exquisita.

Méjico, habitado primitivamente por los Toltecas, que, conforme a vagas tradiciones procedían del Asia Central, después por los Acolhuas y finalmente por los Aztecas, raza cuya bizarría se impuso y dominó a todas las otras tribus, siendo los constructores de la nación que había alcanzado ya, mucho antes de la llegada de los europeos, un alto grado de civilización, como lo atestiguan sus antiguos monumentos, muchos de los cuales recuerdan los del lejano Egipto, ha pasado por crueles vicisitudes desde la conquista. Convertido bajo el nombre de Nueva España, en virreinato español, se le explotó únicamente en provecho de la metrópoli, cuyas miras no fueron otras que la extracción de los metales preciosos, prodigiosamente abundantes en esa tierra privilegiada, empleando solamente en sus arduas labores a los nativos españoles.

Los criollos y particularmente los indígenas fueron excluidos de los empleos públicos, afrenta que caldeaba el ambiente y mantenía hondos resquemores contra los orgullosos castellanos y cuando se declaró la independencia de los Estados Unidos, despertó en todos los pueblos mexicanos ideas de libertad que, el advenimiento de José Bonaparte al trono de España (1808), les brindaba la ocasión propicia de aplicar. Acaudillada por Hidalgo la primera insurrección mexicana, su grito de rebelión contra España lanzado el 30 de setiembre de 1810 encontró favorable eco en todo el país, especialmente entre los indígenas que supo ganar a la sagrada causa de la independencia. Cura párroco de Dolores donde ejercía gran influencia, en las banderas de las partidas sublevadas, flameó la imagen de la Virgen de Guadalupe como prenda segura de triunfo y efectivamente obtuvo varios brillantes éxitos. Vencido desgraciadamente por el general español Calleja en el Puente de Calderón y derrotado en Aculco, la traición de un oficial de su confianza le entregó a sus enemigos y murió fusilado sin haber hecho ninguna revelación.

Después de la muerte de Hidalgo, José María Morelos, sargento de artillería y luego Cura de Acapulco, fué uno de los jefes principales de la sublevación. Venció a los españoles en Tintia, y tomó importantes ciudades apoderándose de cuantioso botín. En 1813 el Congreso de Chilpantzinco reunido bajo su protección proclamó la república; rechazado en Valladolid por las tropas españolas mandadas por el general Iturbide, la guerra tomó durante este lapso de tiempo un carácter de ferocidad terrible. Derrotado y preso en Acatama le entregaron a la Inquisición; declarado hereje, se le degradó y pasó por las armas en diciembre de 1815. Ahogados en sangre estos dos vibrantes brotes de libertad, el general Agustín Iturbide, que había ganado todos sus grados en el campo de batalla combatiendo en favor de España e impuesto a Morelos su espantosa derrota; no obstante los grandes servicios prestados a la causa y cuando era ya comandante del ejército del Norte, el gobierno español que tenía siempre desconfianza de los militares mexicanos, le destituyó sin consideración alguna. Entre tanto, las ideas de independencia ganaban terreno en Nueva España e Iturbide tuvo que ceder a las sugerencias de sus compatriotas. Puesto a la cabeza de un cuerpo de ejército destinado

a atacar a Guerrero, trató secretamente con éste, se aseguró su apoyo y en Iguala dió un manifiesto publicando el plan que había concebido y que él llamaba: "*Unión, Religión e Independencia*". Luego marchó a Méjico donde hizo una entrada triunfal. Colocado a la cabeza de la Junta encargada del Gobierno, pronto se mostró descontento de la posición que ocupaba y pareciéndole insuficiente se hizo proclamar emperador por la guarnición de la ciudad, sublevada, el 18 de mayo de 1822.

El Congreso sometido a la acción opresora de los insurrectos, tuvo que reconocer como válida aquella elección. Pero Guerrero y Bravo, generales en quienes el nuevo emperador depositó su confianza se pronunciaron contra él y abandonado de todos se vió forzado a abdicar. Ensayo de monarquía que no pudo cimentarse y en 1823 surgió la república que fué unas veces federativa, otras unitaria, según los diferentes partidos que se disputaban el gobierno de la nación.

Durante muchos años Méjico ha sido víctima de la anarquía marcada en el interior por revoluciones o golpes de Estado y en el exterior por intervenciones extranjeras; varias de sus provincias fueron ocupadas por tropas norteamericanas que no se retiraron sino después de haber obtenido, por el Tratado de Guadalupe (1848) la cesión de la Nueva California, del Nuevo Méjico y del Estado de Tejas. Por instigación y bajo la presión de Francia una asamblea de notables ofreció la corona imperial al Archiduque Maximiliano de Austria, cuyo efímero reinado terminó trágicamente en Querétaro y es al Presidente Benito Juárez a quien corresponde el honor de haber restablecido, en cierto modo, el orden interior y las relaciones amistosas con casi todas las potencias de ambos mundos.

Tal es a grandes rasgos la historia de la nación cuya capital es una de las más hermosas y regulares del mundo, elegida por la augusta Reina de los Cielos, para que se le consagrara en ella especial culto, donde su protección sería esperanza del mundo recién descubierto, entre los pliegues de cuyo manto, acaso, estará oculto el secreto de su destino, la cifra de su gloria, el misterio de la predestinación de su raza altiva, valiente y emprendedora.

Los conquistadores hicieron de la palabra mexicana "quautlalapan" Guadalupe, nombre con que se designó a la ciudad antes denominada La Villa, por el regio Santuario; Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de Méjico, que la piedad fervorosa de todo un pueblo levantó para corresponder al amor de su Reina sublime, al que debe su celebridad la privilegiada urbe y el gran progreso de que disfruta, pues por millares acuden todos los años los peregrinos a visitar su portentosa Imágen tan generosamente ofrecida por Ella a la noble tierra azteca.

Imagen cuya presencia embalsama desde hace cuatro siglos al que fué magno Imperio de Montesuma y en el que cada una de las generaciones mejicanas ha puesto algo de su corazón y de su esfuerzo. No podía ser más humilde ni más ingenuo el mensajero escogido por la Virgen María; sencillo hijo de la naturaleza, el dichoso indio cuyo nombre irá siempre unido al grato acontecimiento, el feliz Juan Diego recibió en el Tepeyac la misión de presentar al Obispo Zumárraga el extraño mensaje, de la que él juzgaba ser, en su candoridad, una Señora. Un templo en aquel lugar era su expreso deseo, donde Ella se mostraría como Madre piadosa de todos.

Dulce promesa de la bendita Virgen que al hacerla al pobre indio comprendía al pueblo mejicano: en él veía a los mejicanos de todas las regiones y de todos los tiempos, y para que sea construído ese Templo, para pedirlo ¡Ella misma viene! Iluminó con su luz la colina santa del Tepeyac, al contacto de su planta celestial florecieron, a pesar de no ser época de ellos, los rosales del monte para satisfacer la exigencia, muy justificada del Obispo, cuya prudencia solicitaba una prueba decisiva de la enigmática Señora, y el ingenuo embajador obediente a sus indicaciones corta y coloca rosas en su humilde "tilma" o manta. El hombre no discurre, ¿qué prueba podían representar aquellas flores?, sin embargo, se presenta en el Palacio Episcopal con toda confianza y en presencia del Prelado al desatar el envoltorio, cayeron al suelo las rosas, en tanto que el Obispo y sus familiares se postraban de rodillas al contemplar impresa en la ruda manta la Imagen de la Virgen, tal cual la había descrito Juan Diego al contestar las repetidas preguntas del Diocesano en entrevistas anteriores, cuando el indio insistía en la construcción del templo pedido por la Señora.

La tela donde se estampó la Imágen es delgada y basta; de fibra vegetal, probablemente, dicen los que entienden, de maguey. Son dos tiras de 1.75 m. de largo, por 45 centímetros de ancho, unidas por una costura grosera, cuyos puntos son visibles hacia la mitad de la figura. Los técnicos no han logrado hasta hoy explicar la composición de los colores y han dicho que la tela era, no solamente inadecuada, sino que estaba sin "*preparar*", quedando maravillados de la diferencia de las sustancias que han servido para colorear: mostraron sin prejuicio alguno su admiración por la delicadeza de los matices, por su exquisita combinación, por la sorprendente abundancia de oro y las proporciones de la imagen correspondientes a una doncella de 15 años.

Del palacio episcopal donde había sido custodiada con gran veneración, se llevó procesionalmente la sagrada Imagen a una ermita provisional, pues el pueblo ardía en deseos de rendirle culto público y andando el tiempo se trató de recoger todos los testimonios que probaban el prodigioso suceso. Testigos juramentados declararon, corroborando la tradición del milagroso origen de la excelsa Patrona de México, ante comisiones integradas por personalidades que no guiaba otro interés que hacer brillar la verdad. Se aceptaron como pruebas documentales algunos escritos referentes a Juan Diego y se tuvieron como irrecusables testimonios, las cartas del Obispo Zumárraga a sus Hermanos franciscanos de España, en que les relataba lo ocurrido con lujo de detalles; en 1568 Bernal Díaz del Castillo menciona incidentalmente a la ciudad de Guadalupe y a los milagros que se sucedían allí: en 1575 el virrey Enriquez escribía a Felipe II pidiéndole que no permitiera al Arzobispo gobernante de entonces, erigir una parroquia y un monasterio en el sitio ocupado por la Capilla. En 1663, 1666, 1723 y 1750 se formularon y proveyeron de pruebas laboriosas, procesos civiles y eclesiásticos para ser presentados a Roma.

Al pie mismo del Tepeyac se alza hoy la elegante cúpula de la Colegiata de la Virgen que empezó por una ermita, sustituida en 1575 por una capilla que ahora sirve de sacristía a la parroquia. Años más tarde se bendijo un nuevo y mejor edificio y en 1695 se dió principio al actual, terminado en 1709, cuyo inte-

rior de estilo dórico, es sumamente bello; tres naves divididas por columnas sobre las cuales descansan varias bóvedas. La Imágen fué colocada en un soberbio altar de plata sobredorada, obra de un artista insigne, Fray Antonio de Jura; nada supera a la combinación de los oros y arabescos delicadamente cincelados y es donación del virrey conde de Salvatierra; en él se destaca el marco de oro macizo que encuadra la tilma donde aparece la bellísima estampa de aquella que como un don pidió a los mexicanos un templo y cuyo culto produce entre ellos múltiples y maravillosos efectos. Su devoción ha acumulado en su interior reliquias, ofrendas y preseas, siendo tan considerable la afluencia de las peregrinaciones que hubo necesidad de agrandarlo y hacerle un nuevo baldaquino. Entonces obtuvo la categoría de Basílica y su Abad ascendió al rango de mitrado. Majestuoso y atractivo como las Basílicas romanas, el célebre artífice Tolsa marcó su huella en mármoles y bronce. Sin embargo, son las joyas de la Virgen las que deslumbran al visitante; valoradas en 800.000 mil pesos, poniendo de manifiesto la esplendidez con que los mejicanos han rendido homenaje a su Señora. En los cuatro ángulos exteriores se yerguen otras tantas torres de 32 metros de altura, dominadas por la hermosa cúpula cuya elevación es casi de 40 metros, y la fachada fastuosamente decorada ofrece con sus columnas, emblemas y estatuas, un aspecto de riqueza y gusto que pondera la fe del pueblo constructor, no tanto por los tesoros prodigados, sino por el desprendimiento y la abnegación de quienes lo dieron todo, porque escuchan aún, a través de cuatro siglos, la palabra de su Madre celestial, su amorosa petición.

La Reina de los Cielos ha hecho a Méjico un don magnífico: el don de la fe. Fe sencilla, robusta, expansiva que no en todas las naciones se manifiesta con la liberalidad y el ardor que la distingue en la entusiasta tierra azteca. Fe sincera que emociona y sacude de alegría y esperanza a sus laboriosos habitantes, cuando vienen las Fiestas Guadalupanas. Entonces la República parece un solo hombre. En todos los corazones arde idéntica llama; entonces se olvidan rencillas, rencores y divisiones porque si existe algo capaz de reunir estrechamente a los mejicanos, es la Virgen de Guadalupe.

Todos van a su Santuario a rendirle pleitesía, a celebrar solemnemente su Fiesta, ansiosos de hacer alarde de su dicha por tener una *Madre* como *Ella* y de poseer un templo santificado por su presencia, donde se tiene promesa divinemente segura, de que por mucho que se sufra allí está el consuelo; por mucho que se trabaje, allí está el alivio; por mucho que necesiten, allí está el remedio de todas sus necesidades.

No son en semejantes circunstancias los indígenas los menos participantes del general regocijo: de todos los confines del país acuden a saludar a su Madre y Señora luciendo sus variadas y diferentes galas, de acuerdo con la región a que pertenecen; toman parte principal en los festejos de la manera más original que imaginarse pueda.

Saben que fué uno de ellos el preferido de la gloriosa Patrona, el portador de sus celestes mensajes; que la tilma donde se imprimió su hermosa Imagen era prenda de uso de uno de su raza y pintorescamente ataviados, con especial permiso, celebran en la nave central de la Basílica todos los ritos, ceremonias y

danzas religiosas y paganas de sus antepasados, para honrarla, para darle gracias por los beneficios recibidos e impetrar su bendición. Tan curiosas como extrañas, esas escenas que transportan a un mundo desvanecido y por consiguiente hondamente conmovedoras, tienen por espectadores no solo al pueblo, sino también a los Poderes de toda la república, al Cuerpo Diplomático y al inmenso número de extranjeros y turistas atraídos por la singularidad y atractivo de la ostentosa función.

Puede decirse que la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe se está edificando siempre; cada una de las generaciones que pasan por suelo mejicano, ponen su mano y su corazón en el Templo único. ¡Fué tan bella la concepción de la Virgen María! Sobre el territorio inmenso de la gran República sacudida por dos océanos; sobre la tierra fértil de la gallarda raza azteca, de climas variados y panoramas espléndidos; de montañas elevadísimas, de valles risueños, y lagos como los de Chapala, Tezcuco, Chalco y Pázcuaró cuyo intenso cobalto azul es lápida de zafiro incrustada en campos de esmeralda; de cordilleras como las del Anahuac, donde los volcanes Orizaba, Colima, Jorullo y otros, sostienen fragorosos duelos... quiere la Virgen que se le levante un templo, uno solo; pero inmenso, elevado y magnífico: que dicho templo lo formen las almas, los millones de almas que pueblan su vasto suelo; y para lograrlo quiere que todas esas almas esten unidas entre sí, estrechamente ligadas por la fe, fundidas por el fuego de una caridad bien entendida, vivificadas por una esperanza divina y eterna.

El templo material, está hecho. La tienda que Ella quiso poseer en medio de los hogares mejicanos, está concluída. Su fabricación fué un prodigio de abnegada unión, porque costó muchísimo y se hizo con el óbolo de todos sus habitantes. Desde la frontera del Norte hasta los linderos del Sur; desde uno hasta otro océano todos los pueblos aportaron su contribución para levantar la Basílica, para su regia decoración.

Pero, ¿qué encanto puede tener para la Reina de los Cielos un Santuario de piedra por ricos que puedan ser sus detalles?, ¿qué atractivo encontraría Ella en ese suntuoso y frío edificio?

Es cierta su demanda de un templo material, y Méjico respondió regiamente a esa demanda erigiendo uno de los Santuarios más soberbios del continente, pero su tarea no ha terminado, se ha ejecutado el templo de piedra: falta el espiritual. El verdadero templo que Ella le pidió a Juan Diego, que le pidió a los mejicanos, es un templo íntimo, espiritual; el de piedra es un medio, una escala para llegar hasta sus almas y morar en ellas. Su aparición sensible fué fugaz, la otra, la espiritual es profunda, constante, duradera. Eligió este lugar para que en Méjico estuviera siempre su nombre, para que hubiera un lugar donde pudieran siempre buscarla en los días de paz como en los días de tormenta; en donde desea vivir, no como Reina que recibe el homenaje de sus súbditos; no como Señora a la cual hay que rendir vasallaje. No: como *Madre* es que pide un Santuario, un hogar que pueda ser el hogar de todos los mejicanos, donde tuvieran la certeza de que existe algo que no cambia, algo que no se transforma, algo que no padece vicisitudes; donde verdaderamente se sintieran sus hijos y experimentaran la satisfacción de ser suyos.

Por eso su primera palabra al pisar la cumbre del Tepeyac es la del amor maternal que se declara: la segunda es la palabra del amor desinteresado que ilumina, que se convierte en luz para bañar a las almas con sus resplandores: la tercera es la palabra del amor profundo que solicita: pidió un templo material, cuyos sillares perfectamente ligados presentan, a pesar de la variedad de elementos empleados, irreprochable unidad, y un templo espiritual formado de almas, y de corazones reunidos en compacto haz que se extienda por toda la Nación y que haga que todos los mejicanos tengan un sólo corazón, una sólo alma.

Si Ella quiere que se le edifiquen templos materiales, es únicamente como una preparación; templo cuyas elevadas torres sean conmovedores exponentes del pensamiento de la tierra que busca las alturas, como un símbolo del templo íntimo.

El símbolo es el lenguaje que expresa las cosas inefables. Cuando el espíritu consigue abrazar la realidad, sus pensamientos caben en los moldes de las palabras y aún se tiene el maravilloso privilegio de hacer amplio y flexible el lenguaje a fin de que pueda alcanzar altos conceptos y de hacerlo diáfano para que pueda iluminar con luz inmaterial el espíritu.

Mas, cuando el alma se eleva a regiones celestes, las palabras se marchitan y al desfallecer el lenguaje, comienza el símbolo. Motivo por el cual las obras del genio y las obras divinas están impregnadas de simbolismo: el símbolo vago y misterioso tiene amplitud y poesía suficiente para que en su seno pueda caber el Infinito.

La Basílica de Guadalupe que hace vislumbrar la nítida inmensidad del anhelo de la Madre y Señora del indomable pueblo mejicano, cuya pujanza es antorcha fulgurante en el azul del Nuevo Mundo, es su lugar de cita y de espera...

Quejas errantes

A mi perdida Patria

Existe de joyeles un tesoro,
engarzada en los mares de turquesa;
bajo regio dosel de grana y oro
luce antiguos escudos de nobleza.

Le coronan magníficos pinares,
sobre cumbres, que van hacia los cielos;
suaves vertientes, bajan a los mares;
risueños valles y esmaltados suelos.
Da Ceres a los campos sus favores;
Pomona, dulces y sabrosas pomas;
Flora, teje guirnaldas con sus flores,
orlando los collados y las lomas.